

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto? ¡Para engañarme, para abandonarme así!

(*Levántase, y Rita la sostiene.*)

RITA.

Pensar que su venida fué con otro designio no me parece natural... Celos... ¿Por qué ha de tener celos? Y aun eso mismo debiera enamorarle más... El no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

DOÑA FRANCISCA.

Te cansas en vano... Dí que es un pérfido, dí que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

RITA.

Vamos de aquí, que puede venir á alguien, y...

DOÑA FRANCISCA.

Sí, vámonos... Vamos á llorar... ¡Y en qué situación me dejal... Pero ¿ves qué malvado?

RITA.

Sí, señora, ya lo conozco.

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué bien supo fingir!.. ¿Y con quién? Conmigo... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardón?... ¡Dios de mi vida! ¿Cuál es mi delito, cuál es?

(*Rita coge la luz, y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

(*Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del toro. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.*)

DON DIEGO, SIMON.

DON DIEGO.

Aquí, á lo menos, ya que no duerma, no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se... ¡Cómo ronca éste!... Guardémosle el sueño hasta que venga el día, que ya poco puede tardar... (*Simon se despierta, y al oír á don Diego se incorpora, y se levanta.*) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMON.

Qué, ¿estaba usted ahí, señor?

DON DIEGO.

Sí, aquí me he salido, porque allí no se puede parar.

SIMON.

Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

DON DIEGO.

¡Mala comparacion!... Di que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

SIMON.

En efecto, dice usted bien... ¿Y qué hora será ya?

DON DIEGO.

Poco há que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

SIMON.

¡Oh! pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

DON DIEGO.

Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMON.

¡Pero si usted viera qué apesadumbrado lo dejé! qué triste!

DON DIEGO.

Ha sido preciso.

SIMON.

Ya lo conozco.

DON DIEGO.

¿No ves qué venida tan intempestiva?

SIMON.

Es verdad... Sin permiso ne usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamós,

hizo muy mal... Bien que por otra parte él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante, ¿eh?

DON DIEGO.

¡No, qué! No, señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en qué circunstancias nos cogia... Te aseguro que cuando se fué me quedó un ánsia en el corazon. (*Suenan á lo lejos tres palmadas, y poco despues se oye que puntean un instrumento.*) ¿Qué ha sonado?

SIMON.

No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

DON DIEGO.

Calla.

SIMON.

Vaya, música tenemos, segun parece.

DON DIEGO.

Sí, como lo hagan bien.

SIMON.

¿Y quién será el amante infeliz que se viene á puntear á estas horas en ese callejon tan puerco?... Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

DON DIEGO.

Puede ser.

SIMON.

Ya empiezan, oigamos... (*Tocan una sonata desde adentro.*) Pues dígole á usted que

toca muy lindamente el pícaro del barberillo.

DON DIEGO.

No; no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

SIMON.

¿Quiere usted que nos asomemos un poco, á ver...

DON DIEGO.

No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¡Quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música!... No gusto yo de incomodar á nadie.

(Sale de su cuarto doña Francisca, y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. Don Diego y Simon se retiran á un lado, y observan.)

SIMON.

¡Señor!... ¡Eh!... Presto, aquí á un ladito.

DON DIEGO.

¿Qué quieres?

SIMON.

Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele á faldas que trasciende.

DON DIEGO.

¿Sí?... Retirémonos.

ESCENA II.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO,
SIMON.

RITA.

Con tiento, señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Siguiendo la pared ¿no voy bien?

(Vuelven á probar el instrumento.)

RITA.

Sí, señora..... Pero vuelven á tocar..... Silencio.

DOÑA FRANCISCA.

No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.

RITA.

¿Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir.

DOÑA FRANCISCA.

Calla... *(Repiten desde adentro la sonata anterior.)* Sí, él es... ¡Dios mio! *(Acércase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.)* Ve, responde... Albricias, corazón. Él es.

SIMON.

¿Ha oído usted?

DON DIEGO.

Sí.

SIMON.

¿Qué querrá decir esto?

DON DIEGO.

Calla.

DOÑA FRANCISCA.

(Se asoma á la ventana. Rita se queda detras de ella. Los puntos suspensivos indican las

interrupciones más ó ménos largas que deben hacerse.)

Yo soy. Y ¿qué había de pensar viendo lo que usted acaba de hacer?... ¿Qué fuga es ésta?... Rita (*Apartándose de la ventana, y vuelve despues.*), amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avísame... ¿Para siempre? ¡Triste de mí! Bien está, tirela usted... Pero yo no acabo de entender... ¡Ay, don Félix! nunca le he visto á usted tan tímido... (*Tiran desde adentro una carta, que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademán de buscarla, y no hallándola, vuelve á asomarse.*) No, no la he cogido; pero aquí está sin duda... ¡Y no he de saber yo hasta que llegue el día los motivos que tiene usted para dejarme muriendo?... Sí, yo quiero saberlo de su boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda... Y ¿cómo le parece á usted que estará el mío?... No me cabe en el pecho... diga usted.

(Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.)

RITA.

Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

DOÑA FRANCISCA.

¡Infeliz de mí!... Guíame.

RITA.

Vamos... (*Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al cuarto de Doña Francisca.*) ¡Ay!

DOÑA FRANCISCA.

¡Muerta voy!

ESCENA III.

DON DIEGO, SIMON.

DON DIEGO.

¡Qué grito fué ése?

SIMON.

Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

DON DIEGO.

Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

SIMON (*Tentando por el suelo cerca de la ventana.*)

No encuentro nada, señor.

DON DIEGO.

Búscale bien, que por ahí ha de estar.

SIMON.

¿Le tiraron desde la calle?

DON DIEGO.

Sí... ¿Qué amante es éste?... ¡Y diez y seis años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusion.

SIMON.

Aquí está. (*Halla la carta, y se la da á don Diego.*)

DON DIEGO.

Véte abajo, y enciende una luz... En la balleriza ó en la cocina... Por ahí habrá al-gun farol... Y vuelve con ella al instante.

(Vase Simon por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

DON DIEGO.

Y á quién debo culpar? *(Apoyándose en el respaldo de una silla.)* ¿Es ella la delincuente, ó su madre, ó sus tias, ó yo?... ¿Sobre quién, sobre quién ha de caer esta cólera, que por más que lo procuro, no la sé reprimir?... ¡La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos!... ¡Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡Qué felicidades me prometía!... ¡Celos!... ¿Yo?... ¡En qué edad tengo celos!... Vergüenza es... Però esta inquietud que yo siento; esta indignacion, estos deseos de venganza, ¿de qué provienen? ¿Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que... *(Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira á un extremo del teatro.)* Sí.

ESCENA V.

RITA, DON DIEGO, SIMON.

RITA.

Ya se han ido... *(Rita observa, escucha, asómase á la ventana, y busca la carta por el suelo.)* ¡Válgame Dios!... El papel estará muy

bien escrito, pero el señor don Félix es un grandísimo picaron... ¡Pobrecita de mi alma!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido!... ¿Y este maldito papel?... Pues buena la hiciéramos si no pareciese... ¿Qué dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.

SIMON.

Ya tenemos luz...

(Sale con luz. Rita se sorprende.)

RITA.

¡Perdida soy!

DON DIEGO, *acercándose.*

¡Rita! ¿Pues tú aquí?

RITA.

Sí, señor, porque...

DON DIEGO.

¿Qué buscas á estas horas?

RITA.

Buscaba... Yo le diré á usted... Porque oímos un ruido tan grande...

SIMON.

¿Sí, eh?

RITA.

Cierto... Un ruido y... mire usted *(Alza la jaula que está en el suelo.)*, era la jaula del tor-do... Pues la jaula era, no tiene duda... Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto?... No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido. Preciso.

SÍ, algun gato. SIMON.
RITA.
¡Pobre animal! Y qué asustadillo se conoce que está todavía.

SIMON.
Y con mucha razon... ¿No te parece, si le hubiera pillado el gato?...

RITA.
Se le hubiera comido.
(*Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.*)

SIMON.
Y sin pebre... ni plumas hubiera dejado.

DON DIEGO.
Tráeme esa luz.

RITA.
¡Ah! Deje usted, encenderemos ésta (*Enciende la vela que está sobre la mesa.*), que ya lo que no se ha dormido...

DON DIEGO.
¿Y doña Paquita, duerme?

RITA.
Sí, señor.

SIMON.
Pues mucho es que con el ruido del tordo...

DON DIEGO.
Vamoa.
(*Don Diego se entra en su cuarto. Simon va con él llevándose una de las luces.*)

ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

DOÑA FRANCISCA.
¿Ha parecido el papel?

RITA.
No, señora.

DOÑA FRANCISCA.
¿Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

RITA.
Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa darles.

(*Rita coge la luz, y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.*)

DOÑA FRANCISCA.
Ellos eran sin duda... Aquí estarían cuando yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?

RITA.
Yo no lo encuentro, señorita.

DOÑA FRANCISCA.
Le tendrán ellos, no te canses... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

RITA.
A lo ménos por aquí...

DOÑA FRANCISCA.
Yo estoy loca. (*Siéntase.*)

RITA.

Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera...

DOÑA FRANCISCA.

Quando iba á hacerlo me avisaste, y fué preciso retirarnos... Pero ¿sabes tú con qué temor me habló, qué agitacion mostraba? Me dijo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le precisaban á volverse; que le habia escrito para dejársela á persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme sería imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre alevé que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diria: pues yo ¿para qué he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una mujer?... ¡Hay tantas mujeres!... Cásenla!... Yo nada pierdo... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz... ¡Dios mio, perdon... perdon de haberle querido tanto!

RITA.

¡Ay, señorita (*Mirando hacia el cuarto de don Diego*), que parece que salen ya!

DOÑA FRANCISCA.

No importa, déjame.

RITA.

Pero si don Diego la ve á usted de esa manera...

DOÑA FRANCISCA.

Si todo se ha perdido ya, ¿qué predo temer?... ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

ESCENA VII.

DON DIEGO, SIMON, DOÑA FRANCISCA, RITA.

SIMON.

Voy enterado, no es menester más.

DON DIEGO.

Mira, y haz que ensillen inmediatamente al moro, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas... ¿Las dos aquí, eh?... Con que véte, no se pierda tiempo.

(*Después de hablar los dos, inmediatos á la puerta del cuarto de don Diego, se va Simon por la del foro.*)

SIMON.

Voy allá.

DON DIEGO.

Mucho se madruga, doña Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señor.

DON DIEGO.

¿Ha llamado ya doña Irene?

DOÑA FRANCISCA.

No, señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir.

(*Rita se va al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA VIII.

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA.

DON DIEGO.

¿Usted no habrá dormido bien esta noche?

DOÑA FRANCISCA.

No, señor. ¿Y usted?

DON DIEGO.

Tampoco.

DOÑA FRANCISCA.

Ha hecho demasiado calor.

DON DIEGO.

¿Está usted desazonada?

DOÑA FRANCISCA.

Alguna cosa.

DON DIEGO.

¿Qué siente usted? (*Siéntase junto á doña Francisca.*)

DOÑA FRANCISCA.

No es nada... Así un poco de... Nada... no tengo nada.

DON DIEGO.

Algo será; porque la veo á usted muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene usted, Paquita? ¿No sabe usted que la quiero tanto?

DOÑA FRANCISCA.

¿Sí, señor.

DON DIEGO.

Pues ¿por qué no hace usted más confian-

za de mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

¿Pues cómo, sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazón?

DOÑA FRANCISCA.

Porque eso mismo me obliga á callar.

DON DIEGO.

Eso quiere decir que tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.

DOÑA FRANCISCA.

No, señor, usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.

DON DIEGO.

Pues ¿de quién, hija mía?... Venga usted acá... (*Acércase más.*) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulación. Dígame usted: ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se le propone? ¿Cuánto va que si la dejasen á usted entera libertad para la elección, no se casaría conmigo?

DOÑA FRANCISCA.

Ni con otro.

DON DIEGO.

¿Será posible que usted no conozca á otro más amable que yo, que la quiera bien, y que la corresponda como usted merece?

DOÑA FRANCISCA.

No, señor; no, señor.

DON DIEGO.

Mírelo usted bien.

DOÑA FRANCISCA.

¿No le digo á usted que no?

DON DIEGO.

¿Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinacion al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida más...

DOÑA FRANCISCA.

Tampoco, no señor... Nunca he pensado así.

DON DIEGO.

No tengo empeño de saber más... Pero de todo lo que acabo de oír resulta una gravísima contradicción. Usted no se halla inclinada al estado religioso, según parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la altimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues ¿qué llanto es ese? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted, en términos que apenas le reconozco? ¿Son éstas las señales de quererme exclusivamente á mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos días? ¿Se anuncian así la alegría y el amor? *(Vase iluminando lentamente el teatro, suponiéndose que viene la luz del día.)*

DOÑA FRANCISCA.

Y ¿qué motivos le he dado á usted para tales desconfianzas?

DON DIEGO.

¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones; si apresuro las diligencias de nuestra union; si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...

DOÑA FRANCISCA.

Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

DON DIEGO.

¿Y despues, Paquita?

DOÑA FRANCISCA.

Despues... y mientras me dure la vida seré mujer de bien.

DON DIEGO.

Eso no lo puedo yo dudar... Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted: estos títulos ¿no me dan algun derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dichas para mí! Ya se acabaron.

DON DIEGO.

¿Por qué?

DOÑA FRANCISCA.

Nunca diré por qué.

DON DIEGO.

Pero ¡qué obstinado, qué imprudente silencio!... cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

DOÑA FRANCISCA.

Si usted lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

DON DIEGO.

Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa aflicción y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho días será usted mi mujer.

DOÑA FRANCISCA.

Y daré gusto á mi madre.

DON DIEGO.

Y vivirá usted infeliz.

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

Hé aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien á una niña: enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una pérdida disimulación. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obs-

tinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, ménos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten; con tal que finjan aborrecer lo que más desean; con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrilego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi aflicción es mucho más grande.

DON DIEGO.

Sea cual fuere, hija mia, es menester que usted se anime... Si la ve á usted su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dios mio!

DON DIEGO.

Sí, Paquita; conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginación las pinta. ¡Mire usted qué desórden éste! ¡qué agitación! ¡qué lágrimas! Vaya, ¿me da usted palabra de pre-

sentarse así.... con cierta serenidad y.... eh?

DOÑA FRANCISCA.

Y usted, señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿á quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasion de esta desdichada?

DON DIEGO.

Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase... ¡criatura! en la situacion dolorosa en que la veo? (*Asiéndola de las manos.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿De véras?

DON DIEGO.

Mal conoce usted mi corazon.

DOÑA FRANCISCA.

Bien le conozco.

(*Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.*)

DON DIEGO.

¿Qué hace usted, niña?

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

DON DIEGO.

Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que la tengo... Lo demas, todo ha

sido... ¿qué sé yo? una equivocacion mia, y no otra cosa... Pero usted, inocente, usted no ha tenido la culpa.

DOÑA FRANCISCA.

Vamos... ¿No viene usted?

DON DIEGO.

Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

DOÑA FRANCISCA.

Vaya usted presto.

(*Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándola las manos.*)

DON DIEGO.

Sí, presto iré.

ESCENA IX.

SIMON, DON DIEGO.

SIMON.

Aquí están, señor.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

SIMON.

Quando yo salia de la puerta, los vi á lo léjos, que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo; se detuvieron, y apenas llegué y le dije al señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisára yo, por si acaso habia gente aquí y usted no queria que le viesen.